¿Demasiado Ocupado para Dios? | Una Advertencia Real

Cuando las excusas ocupan el lugar de Dios: ¿estás dejando tu silla vacía?

Hay una historia que Jesús contó y que nos invita a detenernos para examinar nuestras prioridades. No habla de personas que cometieron grandes pecados, realizaron actos escandalosos o se rebelaron abiertamente contra Dios. Habla de hombres que tenían propiedades, negocios y responsabilidades familiares. Personas aparentemente normales, ocupadas en asuntos legítimos y necesarios. Sin embargo, todos cometieron el mismo error: cuando llegó el momento de aceptar la invitación, encontraron una excusa para no asistir.

Esta enseñanza, basada en Lucas 14:15-24 y Lucas 17:26-30, nos confronta con una realidad que muchas veces pasa desapercibida. No siempre nos alejamos de Dios por hacer cosas malas. En ocasiones, nos alejamos porque permitimos que cosas buenas ocupen el lugar que solamente Él debería tener en nuestra vida.

La pregunta es directa: ¿cuándo fue la última vez que aceptaste una invitación de Dios sin consultar primero tu agenda?

La invitación de Dios es generosa y personal

Jesús contó esta parábola mientras estaba comiendo en casa de un importante fariseo durante un sábado. En medio de aquella

conversación, uno de los invitados expresó una frase piadosa sobre la felicidad de quienes participarían en el banquete del reino de Dios. Jesús respondió contando la historia de un hombre que organizó una gran cena e invitó a muchas personas.

La expresión «gran cena» nos permite comprender la generosidad del anfitrión. Dios no ofrece una invitación limitada, un consuelo de emergencia o una mesa con lo mínimo indispensable. Su invitación es abundante, generosa y está preparada para recibir a muchos.

El anfitrión no invitó a las personas por sus méritos, sus logros o su reputación. Simplemente las invitó. Y cuando llegó el momento de la cena, envió a su siervo con un mensaje extraordinario: «Venid, que ya todo está preparado».

Esta frase contiene una verdad fundamental del evangelio. Dios no nos pide que arreglemos toda nuestra vida antes de acercarnos a Él. No tenemos que convertirnos primero en personas perfectas para aceptar su invitación. Todo está preparado. Jesús ya pagó el precio necesario mediante su sacrificio en la cruz.

En aquella época era habitual enviar dos avisos para una celebración. El primero servía para anunciar la invitación y reservar la fecha. El segundo comunicaba que la comida estaba lista y que había llegado el momento de asistir.

Por eso, los invitados de la parábola ya conocían la celebración y habían aceptado previamente la invitación. Sin embargo, cuando llegó el momento de sentarse a la mesa, comenzaron a presentar excusas.

Podemos imaginar lo que esto significaba para el anfitrión. Había preparado la comida, reservado los lugares y contado con la presencia de sus invitados. Pero las sillas comenzaron a quedarse vacías.

Esta historia también nos invita a examinarnos. ¿Hemos

aceptado la invitación de Dios, pero después hemos permitido que nuestras ocupaciones llenen tanto el día que terminamos dejando nuestra silla vacía?

La invitación de Dios no exige que lleguemos con la vida resuelta. Simplemente nos pide que acudamos.

Las excusas más peligrosas son las que parecen razonables

Lo más llamativo de esta parábola es que ninguno de los invitados presentó una razón escandalosa para rechazar la invitación. No expresaron odio hacia el anfitrión, no manifestaron incredulidad ni mostraron una antipatía personal. Sus excusas parecían completamente normales.

El primero explicó que acababa de comprar un terreno y necesitaba ir a verlo. El segundo dijo que había adquirido diez bueyes y debía probarlos. El tercero manifestó que acababa de casarse y, por ese motivo, no podía asistir.

Tres excusas diferentes, pero un mismo resultado: ninguno quiso acudir a la cena.

La primera excusa estaba relacionada con las posesiones. El hombre había comprado un terreno y consideraba que debía dedicar su tiempo a comprobar su adquisición. Sin embargo, aquella visita podía posponerse. Su propiedad, algo legítimo y valioso, terminó ocupando el lugar de una invitación que ya había recibido.

La segunda excusa estaba relacionada con el trabajo y los negocios. El hombre había comprado diez bueyes y necesitaba probarlos. Su actividad representaba prosperidad, responsabilidad y esfuerzo. No obstante, el negocio se había convertido en una prioridad superior a su relación con el anfitrión.

La tercera excusa estaba relacionada con la familia. El hombre acababa de casarse y utilizó su nueva situación matrimonial como motivo para no asistir. Sin embargo, aquel compromiso no le impedía participar en una celebración.

Ninguna de estas tres actividades era intrínsecamente mala. Tener propiedades, trabajar, prosperar y formar una familia son aspectos legítimos de la vida. El problema apareció cuando esas bendiciones comenzaron a ocupar el lugar que correspondía a Dios.

Aquí encontramos una de las advertencias más importantes de la parábola: podemos rechazar a Dios sin pronunciar una sola palabra de rechazo. Basta con mantener una agenda tan llena que nunca encontremos un momento para Él.

Es posible ser educado, responsable, trabajador y aparentemente religioso, pero estar constantemente posponiendo nuestra relación con Dios.

El peligro de estas excusas es precisamente que parecen justificadas. No son comportamientos que la sociedad considere necesariamente negativos. Incluso pueden confundirse con madurez, éxito y responsabilidad.

Algo parecido sucede con Marta, cuyo ejemplo encontramos en los Evangelios. Ella estaba realizando una actividad buena: servir a Jesús. Sin embargo, su preocupación y sus muchas ocupaciones terminaron impidiéndole disfrutar del tiempo con Él.

El problema no era servir, trabajar o atender las responsabilidades. El problema era permitir que la actividad desplazara la comunión.

Nuestra lista de tareas pendientes nunca termina. Siempre habrá algo que comprar, organizar, resolver, construir o atender. Si esperamos a tener tiempo libre para dedicarlo a Dios, probablemente ese momento nunca llegará.

El tiempo para Dios no se encuentra por casualidad. Se aparta deliberadamente.

Por eso, necesitamos preguntarnos con sinceridad qué cosas buenas y legítimas están funcionando como excusas en nuestra vida. Quizá sea el trabajo, un proyecto personal, las responsabilidades familiares, las preocupaciones económicas o incluso el tiempo que pasamos mirando el teléfono.

La cuestión no es si esas actividades son malas, sino si están ocupando el lugar que pertenece a Dios.

Si tú no vienes, la mesa se llena igualmente

Cuando el anfitrión descubrió que los invitados originales habían rechazado su invitación, se enojó. Sin embargo, no canceló la cena ni decidió dejar la mesa vacía.

Ordenó a su siervo que saliera rápidamente por las plazas y las calles de la ciudad para traer a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos.

Aquellas personas probablemente nunca habrían esperado recibir una invitación a una celebración semejante. No tenían las propiedades, los negocios ni la posición social de los primeros invitados. Sin embargo, fueron llamadas a ocupar los lugares que otros habían despreciado.

La gracia de Dios funciona de una manera extraordinaria. Cuando algunos rechazan su invitación, Él continúa llamando a otros. Su deseo es que la casa se llene.

Después de reunir a aquellas personas, el siervo informó que todavía quedaban lugares disponibles. Entonces el anfitrión le ordenó salir nuevamente, esta vez por los caminos y los vallados, e insistir para que otros también entraran.

Esta insistencia refleja el corazón de un Dios que no se resigna a tener la mesa vacía. Su invitación sigue alcanzando a quienes están lejos, a quienes se sienten apartados, a quienes cargan con historias difíciles y a quienes creen que ya no tienen un lugar.

Hay una verdad que debemos comprender: Dios no necesita que nosotros aceptemos su invitación para llenar su casa. Somos nosotros quienes necesitamos responder para tener un lugar en su mesa.

Los primeros invitados no quedaron fuera porque el anfitrión los rechazara. Quedaron fuera porque ellos mismos ignoraron repetidamente la invitación.

Esta enseñanza también derriba dos ideas equivocadas. Algunas personas creen que son demasiado buenas para necesitar la gracia de Dios. Otras piensan que están demasiado lejos, demasiado rotas o demasiado equivocadas para merecerla.

Pero la mesa está abierta para quienes reconocen su necesidad.

Haber crecido en una iglesia, conocer las Escrituras, tener una reputación religiosa o haber participado en actividades cristianas no garantiza que estemos viviendo una relación actual con Dios. Del mismo modo, nuestro pasado o nuestras heridas no nos impiden responder a su llamado.

El alejamiento espiritual muchas veces no sucede de repente. Se produce poco a poco, mediante pequeñas postergaciones y excusas repetidas. Un día dejamos de dedicar tiempo a Dios, después comenzamos a posponer nuestra relación con Él y, casi sin darnos cuenta, otras cosas terminan ocupando todo nuestro corazón.

Pero el mensaje de la parábola sigue siendo esperanzador: todavía hay lugar.

Los días de Noé y de Lot: cuando la rutina nos impide mirar hacia Dios

En Lucas 17:26-30, Jesús utiliza los días de Noé y de Lot para explicar cómo sería el tiempo de su regreso.

Al hablar de los días de Noé, recuerda que las personas comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento hasta el momento en que Noé entró en el arca y llegó el diluvio.

Después menciona los días de Lot. Las personas comían, bebían, compraban, vendían, plantaban y edificaban. Todo parecía continuar con absoluta normalidad hasta que Lot salió de Sodoma y llegó la destrucción.

Lo interesante es que Jesús no describe a aquellas personas concentradas únicamente en guerras, violencia o acontecimientos extraordinarios. Habla de actividades cotidianas.

Comer, beber, casarse, comprar, vender, plantar y construir no son acciones malas. Son parte de la vida. Sin embargo, el problema aparece cuando estamos tan absorbidos por ellas que dejamos de mirar hacia Dios.

La rutina puede convertirse en una especie de ceguera espiritual. Nos acostumbramos tanto a nuestras responsabilidades, nuestros planes y nuestras comodidades que dejamos de considerar que nuestra vida terrenal tiene un límite.

Noé construyó el arca mientras advertía sobre lo que estaba por suceder. Sin embargo, las personas continuaron con sus actividades habituales hasta que la puerta se cerró.

La situación nos recuerda a una orquesta que continúa tocando mientras el Titanic se hunde. La vida parece demasiado sólida, los planes parecen demasiado importantes y el futuro parece

demasiado seguro como para imaginar que todo puede cambiar.

También encontramos una advertencia en la historia de Lot. Aunque era creyente, se había acostumbrado a vivir en Sodoma. Cuando recibió la orden de salir, se demoró por sus posesiones, su posición y sus vínculos con aquella ciudad. Incluso los ángeles tuvieron que tomarlo de la mano para sacarlo.

Su mujer salió físicamente de la ciudad, pero su corazón seguía apegado a lo que había dejado atrás. Por eso, cuando miró hacia atrás, quedó como un ejemplo de alguien que no había conseguido desprenderse interiormente de aquello que debía abandonar.

C. S. Lewis expresó una idea que refleja esta realidad: uno de los caminos más seguros hacia la perdición es gradual, mediante una pendiente suave y sin grandes giros bruscos.

Muchas veces no nos alejamos de Dios mediante una decisión repentina. Lo hacemos lentamente, permitiendo que una ocupación desplace a otra, que una responsabilidad consuma nuestro tiempo y que una distracción se convierta en una costumbre.

La Biblia nos enseña a trabajar, administrar nuestras responsabilidades y cuidar de nuestra familia. No se trata de abandonar nuestras obligaciones ni de vivir desconectados de la realidad. Se trata de aprender a vivir con un ojo puesto en la tierra y otro en la eternidad.

La pregunta es inevitable: si el Señor regresara hoy, ¿nos encontraría preparados o tan absorbidos por nuestra rutina que ni siquiera estaríamos mirando hacia Él?

Cuatro preguntas para examinar tu

relación con Dios

Esta enseñanza no pretende quedarse en una reflexión teórica. Es una invitación a mirar nuestro corazón con sinceridad y reconocer qué lugar está ocupando Dios en nuestra vida.

La primera pregunta es si estamos viviendo de nuestro pasado cristiano o de una relación actual con Jesús. Quizá fuimos bautizados, crecimos en una familia creyente o participamos durante años en una iglesia. Pero ninguna de esas experiencias sustituye nuestra relación presente con Dios. La fe no consiste solamente en recordar lo que vivimos anteriormente, sino en mantener una conversación actual con Jesús.

La segunda pregunta tiene que ver con nuestra administración del tiempo. ¿Cuántas horas dedicamos al trabajo, al teléfono, al entretenimiento y al descanso? ¿Cuánto tiempo reservamos para estar con Dios? Mateo 6:33 nos recuerda que debemos buscar primeramente el reino de Dios y su justicia. Este principio nos invita a revisar nuestras prioridades y comprobar si nuestras decisiones reflejan realmente lo que decimos que es importante.

La tercera pregunta es si estamos posponiendo la invitación de Dios para un futuro que todavía no ha llegado. A veces pensamos que primero debemos terminar un proyecto, resolver un problema, alcanzar una meta o sentirnos más preparados. Sin embargo, Proverbios 27:1 nos recuerda que no debemos gloriarnos del día de mañana, porque no sabemos lo que sucederá. Asimismo, 2 Corintios 6:2 nos recuerda que ahora es el tiempo aceptable y ahora es el día de salvación. No necesitamos esperar a que cambien todas nuestras circunstancias para acercarnos a Dios.

La cuarta pregunta es si estamos preparados para encontrarnos con el Señor. Estar preparados no significa haber alcanzado la perfección. Significa estar reconciliados con Él, haber recibido su perdón y mantener nuestro corazón orientado hacia

su regreso.

Estas preguntas no tienen como propósito generar culpa o sentimientos negativos. Su objetivo es ayudarnos a reconocer que la invitación sigue vigente y que todavía podemos responder.

En Apocalipsis 3:20 encontramos una imagen especialmente hermosa. Jesús se presenta como alguien que está a la puerta y llama. No se encuentra lejos, esperando al otro lado de la ciudad. Está cerca, llamando con ternura e insistencia.

La decisión de abrir la puerta no debería seguir esperando.

Cuatro aplicaciones prácticas para darle a Dios el primer lugar

La primera aplicación consiste en establecer un tiempo fijo en nuestra agenda semanal para dedicarlo a Dios. Debemos tratarlo como una cita importante e inamovible, no como una actividad opcional que realizaremos únicamente cuando terminemos todas nuestras obligaciones. Durante ese tiempo podemos abrir la Biblia, orar y evitar las distracciones del teléfono móvil.

La segunda aplicación es elaborar una lista sincera de las excusas que están consumiendo nuestro tiempo. Es importante incluir no solamente las actividades negativas, sino también aquellas que parecen positivas y necesarias. Después de identificarlas, podemos seleccionar una y decidir eliminarla o reprogramarla para recuperar el tiempo que necesitamos dedicar a nuestra relación con Dios.

La tercera aplicación consiste en acercarnos a alguien que se encuentre alejado de Dios o que todavía no conozca su mensaje. Podemos invitar a esa persona a tomar un café o compartir una conversación. Durante ese encuentro, tendremos la oportunidad de contar lo que Dios ha hecho en nuestra vida y recordarle que siempre hay espacio para quienes desean acercarse a Él.

La cuarta aplicación es realizar una auditoría de nuestra eternidad. Para ello, podemos revisar nuestro calendario y el registro de uso del teléfono móvil de los últimos siete días. Después, debemos comparar cuánto tiempo hemos invertido en asuntos temporales y cuánto hemos dedicado a las cosas eternas. A partir de esa revisión, podemos establecer un cambio concreto para la siguiente semana, como reducir el tiempo frente a la pantalla, asistir a una reunión de iglesia o realizar un acto de servicio.

No se trata simplemente de sentir que necesitamos cambiar. Se trata de tomar decisiones concretas que demuestren que Dios ocupa un lugar prioritario en nuestra vida.

Todavía hay lugar en la mesa de Dios

La parábola de la gran cena nos deja una advertencia y, al mismo tiempo, una invitación llena de esperanza.

La advertencia es que podemos terminar rechazando a Dios sin darnos cuenta, simplemente porque permitimos que nuestras propiedades, nuestros negocios, nuestra familia y nuestras ocupaciones ocupen todo nuestro tiempo.

La invitación es que Dios sigue llamando. Su mesa continúa preparada y todavía hay lugar.

No permitamos que las bendiciones que hemos recibido se conviertan en obstáculos para nuestra relación con quien nos las ha dado. No esperemos a tener una agenda vacía, una vida perfecta o todas nuestras circunstancias resueltas para acercarnos a Jesús.

Él no nos está pidiendo que lleguemos siendo perfectos. Nos está invitando a responder a su gracia.

La pregunta final no es si tenemos una buena excusa, sino si

estamos dispuestos a dejar de utilizarla.

Oración final

Señor, gracias por invitarnos a tu mesa y porque todo está preparado. Gracias porque tu gracia es más grande que nuestras excusas y porque todavía hay un lugar para nosotros.

Perdónanos por las veces que hemos colocado nuestras posesiones, nuestro trabajo, nuestras preocupaciones y nuestras prisas por encima de nuestra relación contigo. Perdónanos por haber llenado nuestra agenda con tantas actividades que hemos terminado dejando vacío el lugar que te corresponde en nuestro corazón.

Ayúdanos a no quedarnos fuera de tu invitación. Enséñanos a dedicarte tiempo antes de atender las demandas de otras actividades y a comprender que nuestra relación contigo debe ser nuestra prioridad.

Que nuestros hogares, nuestras familias y nuestros lugares de trabajo sean espacios donde tu invitación pueda ser escuchada y aceptada. Bendice a todas las personas que han recibido este mensaje y ayúdanos a abrir la puerta cuando tú llamas.

No queremos dejar pasar la oportunidad de sentarnos a tu mesa. Queremos vivir preparados, con nuestro corazón puesto en ti y nuestra mirada orientada hacia la eternidad.

En el nombre de Jesús. Amén.

Todavía hay lugar. No dejes que las excusas ocupen el lugar de tu invitación.